

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año III
Número 133

25 cts.

Protagonistas
J. Warren Kerrigan
Silvia Breame

Los ojos de Mary

Con este número se regala el retrato y biografía de Viola Dana

Novela Popular

Cinematográfica

Los ojos de Mary

Argumento en forma de novela de la primorosa película
de amor y aventuras del mismo título. Exclusiva de la
casa "Gaumont" : Valencia, 274; Barcelona

PROTAGONISTAS

JACK WARREN KERRIGAN

SILVIA BREMER



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

La acción se desarrolla en aquella California de mediados del siglo xix que era imán irresistible para atraer, con el brillo mágico de su oro, a los aventureros de todo el mundo. Y tiene lugar en un pueblo improvisado, al que llamaban Claudy, que era por aquel entonces uno de los campamentos más importantes de los buscadores del precioso y dorado metal.

El día que comienza el desarrollo de la acción, unos cuantos hombres, en una lancha primitiva, se alejaban del pueblo por el río navegable que había en sus cercanías, y en cuyas orillas se encontraba, aunque en pequeñas cantidades, el oro que se buscaba. Otros hombres, que se hallaban allí en la orilla, trabajando, oyeron que los que se alejaban se despedían, gozosos de su marcha, gritando:

—¡Adiós, amigos! ¡Nosotros ya hemos recogido lo que necesitábamos y, gracias a Dios, nos volvemos a Pensilvania!

Uno de los hombres que trabajaban en la orilla, que aunque era joven parecía viejo, al oír aquella despedida exclamó conmovido:

—¡Pensilvania! ¡El hogar... la mujer... los hijos! ¿Cuándo podré yo volver? ¡Se dijera que marcharse de aquí es la realización de un sueño!

Había allí otros muchos jóvenes con cara de viejos y hasta con corazón de viejos. Las largas barbas descuidadas cubrían las arrugas labradas por el dolor y el desaliento... pues que no siempre el continuo trabajar daba por resultado reunir algún dinero.

En el centro del pueblo había una campana, llamada de alarma, que sólo sonaba cuando sucedía un acontecimiento de importancia. Al oírla, todos los habitantes acudían allí para saber lo que ocurría.

Cerca había un raro establecimiento. En aquella sociedad de hombres solos, que saltaban de la fe a la desilusión, aquel establecimiento, que era bar, salón de baile y casa de juego a la vez, era como un remanso de olvido.

Mary Smith, la propietaria de aquel establecimiento, la única mujer de tez blanca que había en el pueblo, poseía el talento de hacerse respetar de todos aquellos hombres que, en casi todas las cuestiones, hacían de la fuerza ley.

Uno de los más bravos que allí acudían, aquella noche, para dar fe a su puntería, sacó la pistola y disparó contra una lámpara lejana, que se hizo añicos.

Mary se acercó a él, serena, y le dijo:

—Haga el favor de pagar diez dólares por esa lámpara, Stevenson.

—No los tengo.

Mary llamó a su dependiente, que se llamaba Nicolás, y que sentía por ella una devoción sin límites, y quitando la pistola al que había disparado y entregándosela a él, le dijo:

—Pon la pistola de Stevenson en la colección que guardamos. Cuando pague los diez dólares se la devolveremos.

Era el fallo de la joven, y el llamado Stevenson no se atrevió a protestar ni a decir nada.

Con admiración hacia Mary, presenciaba la escena el cheriff del pueblo, Jacobo Rance, que era un hombre de una rectitud extraordinaria, pero que tenía dos debilidades, capaces de imponerse a su rectitud: el juego y las mujeres.

A propósito del juego, gustaba de las apuestas más absurdas. En aquel momento, por la cara de uno de los que había sentados en la mesa en que jugaban, que se había dormido, corría una mosca. Esta se subió en la nariz del dormido. Rance exclamó:

—Apuesto diez dólares a que la mosca que tiene Sherley en la nariz, se irá hacia el lado izquierdo de su cara.

—Apostados—contestó otro jugador.

Un instante después, Rance cobraba los diez dólares y el que los había perdido exclamaba:

—¡Nunca gano en esta clase de apuestas!

Mary, desde detrás del mostrador, rió de la apuesta. Lo observaba todo, lo vigilaba todo, atenta y dispuesta. Pero sus miradas se dirigían con más frecuencia que a ninguna otra parte a una caja que había al lado del mostrador. Aquella caja contenía un caudal. El salón de Mary hacía también las veces de Banco, ya que allí se cambiaba el oro por billetes, y en aquella caja era donde se guardaba el oro.

De pronto, en la mesa en que jugaba Rance, sobrevino una enconada disputa. Rance gritó, levantando en vilo a uno de los jugadores:

—¡Tramposo!

Acudió Mary, que al ver lo que sucedía, dijo al tramposo:

—¡Esta es la primera vez que se juega con cartas falsas en mi casa!

—¡Vamos a ahorcarlo!—gritaron todos los hombres que había en el salón.

—No—contestó el cheriff.—Nada de ahorcarlo.

Hay un castigo peor que la muerte para un jugador tramposo.

Dicho esto, le cosió la carta falsa en la solapa de la americana, y dijo:

—Con esa carta quedas marcado, Carlos Dunk. No podrás salir del pueblo, ni en el pueblo encontrarás un solo hombre que quiera jugar a las cartas contigo.

Los hombres que había en el salón echaron al tramposo a la calle. Rance se acercó al mostrador, y Mary le dijo:

—Es usted un hombre honrado, Jacobo... Siempre le he admirado a usted por ello...

—Yo siempre voy por el camino recto, de cara al sol...

Diciendo esto, colocó un papel impreso en la pizarra del salón, cuyo papel decía: «5,000 dólares de recompensa a quien capture o dé instrucciones para capturar al bandido Dick Johnson.»

Luego dijo a Mary:

—Tengo confidencias de que Johnson ha salido del Sur para *trabajar* por estos alrededores.

—Entonces, ¿es a usted a quien corresponde capturarlo, no es cierto?

—Sí, y estoy deseando de ello.

Mientras tanto, en las cercanías del pueblo, el bandido Johnson, que con Mary tiene el principal papel en esta historia, arriesgaba diariamente su vida en un camino tan abundante en peligros como en aventuras. Pero lo hacía siempre con un gesto tan magnífico, que hasta los robados no podían por menos que admirarle.

En el bar, Rance, mirando a Mary con amor infinito, le dijo, después de una larga pausa:

—Mary, usted necesita un hombre a su lado, que vele por usted..., ¿por qué no se casa usted conmigo?

—Por varias razones, Jacobo... Primera: porque no le quiero lo bastante para hacerle feliz... Segundo: porque, según tengo entendido, hay por medio una bailarina de Monterrey y otra de Sacramento, que le impedirían cumplir como es debido con sus deberes de esposo...

—Todo eso pertenecería al pasado, Mary, desde el momento en que usted fuese mi esposa...

—Ya le digo que aunque no hubiera eso, subsiste mi razón primera, la de que no le quiero lo suficiente para hacerle feliz.

—Pero esto del bar no es trabajo para usted, Mary... ¿Dónde se ha visto una muchacha al frente de un bar, de un salón de baile y de una casa de juego?

—Antes estaba mi padre al frente de todo, y mi madre le ayudaba... Cuando murió mi madre, empecé a ayudarle yo. Muerto también mi padre, yo lo hago todo... Y no se podrá decir nunca que aquí se ha faltado, por nadie, a ninguna conveniencia establecida... Todos los hombres me respetan, usted lo sabe... Yo misma me he hecho respetar.

—Lo sé y lo veo. Por esto la amo, Mary.

Al decir esto, cogió las manos de la joven, con un gesto apasionado. Mary le rechazó suavemente, y le dijo algunas palabras oportunas. El se disculpó, y pidió perdón por su acto irreflexivo y dijo con tono fervoroso:

—¡Daría mil dólares por un beso de sus labios!

Sonrió Mary, con gesto pudoroso, y contestó:

—Mis besos los guardo para el hombre que se apodere de mi corazón... si es que ese hombre llega algún día.

SEGUNDA PARTE

A unas diez leguas de Cloudy, había un café llamado «La Hacienda», en donde se reunía todas las noches el sobrante de la humanidad que a todo el contorno había acudido en busca de oro.

Nina, una mestiza, noche tras noche, dibujaba encajes con los pies en el suelo de aquel café. Sus danzas sensuales eran el consuelo mayor de todos aquellos hombres rendidos por el trabajo del día. Pero Nina les miraba altiva. Estaba enamorada del bandido Johnson y éste, alguna vez, le había demostrado también algún afecto, aunque no amor. Era una de las muchas mujeres que se habían cruzado en su camino, apasionadas por él.

En aquel café pintoresco, Johnson no era considerado como un bandido, sino como un rey. Tan grande y absoluta era la admiración que se le tenía.

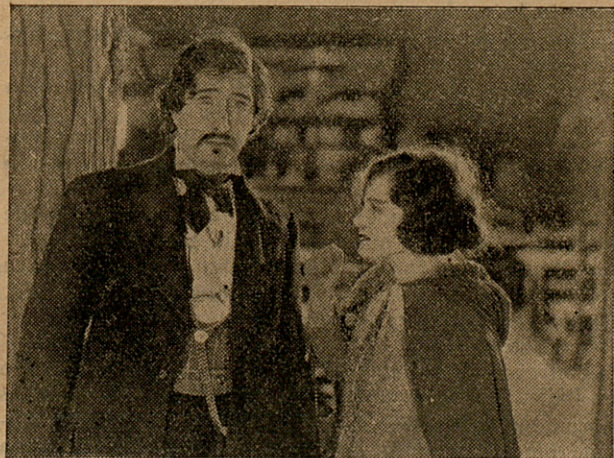
Aquella noche, cuando Nina se entregaba a una de sus danzas favoritas, entró en el café Johnson, con su altivez peculiar, y Nina, dando término a su danza, casi se prosternó ante él, exclamando:

—Nina se siente dichosa de verte de nuevo.

Johnson la rechazó, diciendo:

—Sigue bailando, Nina. Tus pies son más sinceros que tus labios.

A aquella misma hora, unos individuos que conducían un coche, y que poco antes habían sido robados por Johnson y su partida, llegaban a Cloudy y pasaban ante la puerta de Samuel Asby, agente del cheriff Rance, al que dijeron, cuando éste acudió:



—La banda de Johnson nos detuvo y robó en las Tres Horcas.

—Vamos ahora mismo a comunicarlo al cheriff.

Partieron, con este propósito, hacia el salón de Mary, seguros de encontrar allí a Jacobo.

Entretanto, Nina, después de haber bailado largo rato, procuró caer en los brazos de Johnson, que se había sentado, y una vez en aquella posición, dijo al bandido:

—¿Por qué están tan frío conmigo, Johnson?
¿Acaso te interesa otra mujer?

—Supongamos que así sea, Nina... Supongamos que me interese una mujer con ojos como estrellas, a la que sólo haya visto durante un solo momento...

—¿Acaso mis ojos no brillan como estrellas?

—No, Nina, tus ojos brillan, pero no como las estrellas... brillan como los ojos del gato montés durante la noche.

Nina se quedó pensativa y Johnson se puso a hablar con los hombres de su partida.

Samuel y los robados llegaron, mientras, al salón de Mary. Y Samuel dijo al cheriff:

—Johnson anda por estos alrededores. Esta noche ha cometido un robo. Créo que es la ocasión para capturarlo.

Al mismo tiempo, Johnson, enterado por los de su partida del oro que había en el bar, decía:

—Aunque es tarde, esta misma noche vamos a robar al bar de Cloudy. Llegaremos de madrugada. Buena hora. Por el camino haremos el plan.

Partieron.

Entretanto, en el bar de Mary había empezado el baile, que siempre tenía comienzo en las altas horas de la noche. La carencia de mujeres hacía que los mismos hombres, en el baile como en otras cosas las substituyesen, lo que era muy divertido.

El cheriff, después de haber dado algunas disposiciones para la captura de Johnson, se acercó a Mary y le dijo:

—¿No quiere usted bailar conmigo, Mary?

—No, Jacobo. Todos los demás querían imitarle después y yo no me podría negar. Como usted comprenderá, eso no es conveniente.

Algunas horas después, el baile continuaba, y Johnson con sus hombres se acercaba al pueblo.

Este, para poder entrar en el salón sin despertar sospechas, había cambiado sus arreos brillantes de bandido por las ropas oscuras de un buscador de oro.

Cuando Johnson estaba ya, solo, para entrar en el bar, el cheriff, mirando la caja, dijo a Mary:

—Quizá no sea prudente guardar aquí tanto oro estando Johnson tan cerca.

—No tengo miedo—contestó la joven.—Si Johnson entrase ahora mismo por esa puerta, le invitaría a beber y seríamos los mejores amigos del mundo.

La puerta se abrió y entró el bandido. Pero nadie sabía que lo era, ni él había oído las palabras de Mary. La mirada de la joven y la del bandido se encontraron y los dos, con alegría exclamaron a un mismo tiempo:

—¡Usted!

Altivo, mirando despectivamente a todas las gentes que había en el salón, Johnson se acercó al mostrador y dijo a Mary:

—Tenía el presentimiento de que volveríamos a encontrarnos.

Aun estaba vivo en la memoria de los dos el recuerdo del día en que viniendo Mary de Monterrey, su coche quedó atrancado en medio del río. Johnson, que acertó a pasar por allí, ayudó, con su caballo, a sacar el coche fuera. Mary le dijo:

—No sé cómo agradecerle el haberme ayudado en este trance... El agua estaba tan alta, que quizá hubiera perecido ahogada...

—Me alegro de haber podido ayudar a la señorita—contestó él.

Desde entonces, ella no había podido olvidarlo, ni él tampoco se había podido olvidar de ella. Los ojos como estrellas de que había hablado a Nina, eran los ojos de Mary.

Después de saludarse efusivamente, y de cambiar algunas palabras cordiales, Mary le dijo:

—¿Quiere usted beber algo?

—Bueno.

Llenó la joven un vaso y lo entregó a Johnson. Cuando éste se lo iba a llevar a la boca, el cheriff, de un puñetazo, arrojó el líquido al suelo y exclamó:

—No se ven por aquí con frecuencia caras nuevas. ¿Quién es usted y en qué trabaja?

Johnson miró con desprecio a Rance y no le contestó. De buena gana se habría arrojado sobre él, para castigarle por lo que había hecho, pero una mirada de Mary le contuvo.

Rance, viendo que no le contestaba, dijo en voz alta:

—¡Muchachos, aquí hay un hombre que se introduce entre nosotros como un ladrón y que se niega a decir su nombre y su oficio!

Todos rodearon a Johnson con gesto amenazador. Mary se puso ante él de un salto y gritó:

—¡Yo respondo de este hombre... le conozco!

En esto, llegó, del salón donde se bailaba, el hombre que dirigía el baile, el cual dijo:

—¡El próximo baile será una polka!

Johnson, que estaba sereno, como si no hubiese pasado nada, dijo a Mary:

—¿Me concederá usted el honor de bailar conmigo esa polka?

Mary aceptó. Cogidos del brazo, entraron en el salón de baile los dos. Rance creyó que había entrado, él, en los infiernos. Tanto sufría. Mientras duró la polka, temblaba de ira. Cuando acabó, un ruido inesperado llamó la atención de todos. Eran Samuel y otros hombres, que por orden del cheriff vigilaban la casa, y que entraban conduciendo a un hombre.

Samuel dijo, arrojando a aquel hombre al suelo, el cual cambió una mirada de inteligencia con Johnson, mirada de la que nadie se apercibió:

—Estaba mirando desde fuera... sin duda es alguno de la banda de Johnson.

El hombre, sin levantarse del suelo, y advertido ya de quién era el cheriff, dijo:

—He leído lo de la recompensa y vengo para decirle al cheriff dónde puede encontrar a Johnson. Vengan ustedes conmigo. A una legua del pueblo, aproximadamente, está el refugio de ese bandido y de su partida.

—Creo que vale la pena seguir las indicaciones de este hombre—dijo el cheriff.

Y se dispuso a salir con todos los hombres que había en el salón.

Esto era lo que habían calculado que sucedería Johnson y su banda. Y en tanto que aquel hombre alejaba a los que había en el salón, él y los suyos, que esperaban al otro lado una señal suya, robarían. Pero ahora todo había cambiado. El no haría aquella señal. Era Mary, la de los ojos como estrellas, la dueña del bar. No podía llevarse a cabo el robo. Esperarían en balde sus compañeros la señal. Para que se hiciera más firme aun en él esta idea, en cuanto se quedaron solos, Mary dijo:

—¡Dios no hizo nada más malo que un bandido!

Por primera vez en su vida, Johnson se avergonzó de su profesión.

TERCERA PARTE

En la calle, estando ya todos los hombres montados a caballo, Rance ordenó al hombre que había dicho que los guiaría al refugio de la banda:

—Vaya delante guiándonos. Pero le advierto que al primer movimiento sospechoso, disparamos sobre usted.

Aquel hombre conocía perfectamente los alrededores. Se encaminó por una carretera que, a alguna distancia del pueblo, tenía una curva muy pronunciada. Al llegar allí, se arrojó del caballo y se deslizó por una pendiente, desapareciendo. Cuando los que le seguían alcanzaron a ver de nuevo el caballo, éste corría sin jinete. El *cheriff* gritó:

—Hemos sido engañados. Era uno de la banda. Lo más urgente es volver al pueblo, no vayan a estar saqueando el salón.

Esto hubiera sucedido de no ser Mary la dueña. En cuanto el *cheriff* y los demás hombres salieron, la banda entera rodeó la casa en espera de la señal del jefe. Pero vieron con asombro que éste no la hacía, y ellos nada hicieron por sí. Johnson no pensaba ya en robar. Uno de sus compañeros le vió a través del cristal de una ventana, al lado de Mary, y se lo explicó todo. Dijo a sus compañeros lo que había visto y todos, prudentes, se alejaron para esperarle.

Johnson estaba en actitud de enamorado ante Mary cuando su compañero le vió. De aquí que todo se lo explicara.

En efecto, así estuvo Johnson largo rato. Luego dijo a la joven:

—Señorita, guardaré su imagen para siempre en mi corazón. Ahora va a amanecer y tengo que marcharme... Me espera el trabajo.

—Si a la noche está usted libre, ¿quiere cenar conmigo en mi cabaña? Dejaré el salón al cuidado de Nicolás, mi dependiente.

Abrió Mary una ventana y señaló a Johnson su cabaña, que estaba en las afueras del pueblo. Luego le dijo:

—Le haré un plato exquisito, para que vea usted lo buena cocinera que soy...

—Mary—dijo Johnson acercándose mucho a la joven—¿que será usted: mi ángel, o mi demonio?

Y salió, más enamorado que nunca.

Pronto encontró a sus compañeros, a los que dijo que podían marcharse a «La Hacienda» y que él no volvería hasta el día siguiente. También les dijo que, por razones que otro día les explicaría, no podía robarse en el salón de Cloudy.

—Tú puedes disponer siempre lo que quieras—le dijeron todos, y se marcharon.

El estuvo vagando todo el día por los montañas de los alrededores y, en cuanto llegó la noche, se encaminó a la cabaña de Mary. Nevaba aquella noche y la tierra se cubría con el bello manto de armiño. Mary se vistió como para una fiesta. Cuando su invitado llegó, su corazón palpitaba impaciente de alegría y de gozo. La vieja criada mulata de Mary los dejó solos, y Johnson, entusiasmado, fué a besar a la joven. Ella se retiró, un poco ruborosa, y dijo:

—No crea usted que voy a permitirle que se tome libertades por el hecho de cenar conmigo.

Johnson se puso triste.

Ella gritó:

—Vamos... la cena espera.

Cenaron en silencio. Sólo los ojos hablaban, de vez en vez, cambiando miradas de amor.

Entretanto, en «La Hacienda» se comentaba mucho la ausencia de Johnson. Uno de sus compañeros dijo:

—Esta noche no volverá tampoco. Se queda a cenar con la muchacha del bar de Cloudy.

—¿De qué muchacha habláis?—preguntó colérica Nina.

—De una muchacha que Johnson dice que tiene ojos como estrellas.

—¡Ah!—exclamó Nina comprendiendo.

Y añadió:

—¡Ya veréis qué pronto le estropeo yo a esa niña la carita de ángel y los ojos de estrellas! Déjame tu caballo. Me voy a Cloudy en seguida.

Y partió, furiosa, la mulata, hacia Cloudy.

Entretanto, Mary y su invitado habían acabado ya de cenar. Ella, sin saber qué decir, dijo:

—La tempestad de nieve arrecia por momentos... Sería mejor que se fuese usted.

—Perdone, Mary, pero no me marcho de aquí mientras no haya recibido un beso de sus labios.

Vencida ya por sus sentimientos, Mary ofreció sus labios, exclamando:

—Siempre dije que mis besos los guardaba para el hombre que amase... y ese hombre es usted.

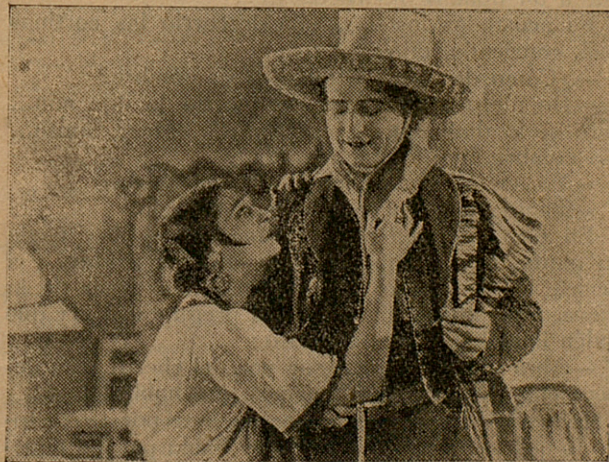
Se juntaron las bocas de ambos fervorosamente. Y desde aquel momento, la charla se hizo más encendida y cordial.

En el salón, entretanto, el cheriff y sus fieles guardaban el oro contra un posible ataque de la banda.

De pronto, Rance sacó su pistola, se puso en pie y dijo:

—¡Hay alguien en la puerta!

Los demás le imitaron y Samuel abrió. Cayó, como lanzada con ímpetu, dentro de la casa, una persona desvanecida. Era Nina. Con diversas bebidas



la hicieron volver en sí. Dijo en cuanto pudo hablar:

—Vengo a decir al cheriff quién es el bandido Johnson.

Y se sacó del pecho un retrato dedicado a ella y lo entregó al cheriff, que lo hizo circular entre sus compañeros, exclamando:

—El compañero de baile de Mary era Johnson el bandido. ¡Cómo se burló el canalla de nosotros!

Empezaron a cambiar impresiones sobre lo que debía hacerse.

Mientras, la tempestad de nieve había arreciado mucho más, y Johnson se vió obligado a pasar la noche en la cabaña de Mary. Esta le hizo una cama en el suelo, cerca de su alcoba, que sólo la resguardaban unas cortinas, pero segura de que daba albergue a un hombre honrado.

Ya acostados los dos, ella recorrió las cortinas y él, sonriendo, dijo:

—¿Cómo decía usted que era su nombre?

—De ninguna manera, porque no lo dije aún... pero se lo diré ahora... Es Smith... Mary Smith... Un nombre muy vulgar, ¿verdad?

—Yo soy Walls... Dick Walls, de Boston.

—Tanto gusto en conocerle, señor mío.

En esto llamaron a la puerta. Era el cheriff con su gente, que habían acordado ir a ver a Mary y a decirle lo que habían sabido. Fueron a pesar de la nieve, provistos de linternas. Al preguntar Mary que quién llamaba, Rance contestó:

—Abra usted, Mary... soy yo... el cheriff y su dependiente Nicolás, que tenemos que hablarle.

Johnson, viendo que podía hundirse por tierra todo lo que en el corazón de Mary había pasado aquella noche, dijo a ésta:

—¡No deben encontrarme aquí! ¿Qué dirían si le viesen a usted conmigo a esta hora?

—Escóndase usted en mi alcoba y corra las cortinas.

Así lo hizo Johnson y Mary abrió la puerta, por la que entraron varios hombres, el primero de todos Rance, que dijo a la joven:

—Hemos venido solamente a decirle que el que bailó con usted la polka era Johnson el bandido.

—No lo creo.

—Pues es verdad. Su misma amante nos lo ha dicho.

—Usted hace esto porque está celoso, Rance. No le perdona usted a ese hombre que haya bailado conmigo después de que yo no quise bailar con usted.

Por toda respuesta, Rance entregó a Mary el retrato que a él le había entregado Nina. Luego dijo:

—La propia Nina, amante de ese miserable, nos acaba de entregar ese retrato de Johnson, como usted ve, dedicado por él a ella.

Mary estuvo a punto de desvanecerse de dolor.

Rance agregó:

—¡Ese es su dignísimo compañero de baile!

—Y bien—repuso ella con ímpetu,—¿y qué les importa esto a ustedes?

Nicolás, comprendiendo que la joven quería que se fuesen, dijo:

—Vámonos, señores. La señorita Mary quiere dormir.

Empezaron a salir. Desde la puerta Rance dijo, a modo de despedida:

—¿Y ese era el hombre que usted esperaba, el hombre bueno, el hombre justo, el hombre recto?

La puerta se cerró. Mary cayó en una silla, rendida por la angustia.

CUARTA PARTE

Con no menos angustia que Mary, la cual se reflejaba en su rostro, Johnson describió lentamente las cortinas de la alcoba y dijo:

—Mary, lo que le han dicho esos hombres es verdad... pero usted tiene que escucharme...

Lentamente se acercó a la joven, que no se había movido de la silla, y oyó que ella decía, como si hablara consigo misma:

—¡Un bandido!

Luego, dirigiéndose ya a él, exclamó:

—¡Usted fué al salón para robar! ¡Usted ha venido aquí para robar!

—He robado, es verdad, pero siempre cara a cara, al aire libre, exponiendo la vida en cada robo.

—¡Me ha robado usted mi primer beso! ¡Váyase de aquí!

—Mary, es verdad que yo fuí al salón para robar... Mi gente esperaba fuera una señal mía. Estábamos solos, porque todo lo que sucedió era plan nuestro y el robo habría sido fácil. Yo no hice esa señal... La vi a usted y algo, dentro de mí, me hizo avergonzarme de ser un bandido...

—Yo lo perdonaría todo, todo... Lo que no puedo perdonar es su amor por esa Nina...

—No, no la amo. La aprecié algún día; amarla,

nunca. Desde que la he conocido, ni apreciarla puedo.

—No le creo. Me ha engañado una vez... ¡Váyase!

Johnson fué hacia la puerta y antes de abrirla para salir, dijo:

—¡Ojalá no le pese nunca, Mary, haberme arrojado esta noche de su casa!

Y como ella no dijera nada, salió. En cuanto hubo salido se oyó un disparo y su cuerpo abrió de nuevo la puerta, como lanzado, y cayó al suelo, dentro de la cabaña.

Mary dió un grito, cerró la puerta y corrió a recoger del suelo a Johnson, al que dijo, en tanto que le ayudaba a ponerse en pie:

—A pesar de todo le amo a usted y voy a hacer lo imposible por salvarle.

Quien había disparado era el cheriff, que había enviado a los demás hombres al pueblo y se había quedado vigilando. Después de disparar se encaminó a la cabaña.

Mary que oía sus pasos, hizo que Johnson se ocultara en una especie de buhardilla que había encima de su alcoba. En seguida entró el cheriff que dijo:

—Me pareció ver la sombra de un hombre en su puerta y disparé. Pero la tempestad no me dejaba ver bien.

—Pues aquí no hay nadie, Rance.

El cheriff empezó a dar vueltas por la estancia, con ánimo de registrarla. Adivinando su pensamiento, Mary le dijo:

—Le he dicho que aquí no hay nadie. Si dudando de mi palabra se empeña en registrar la cabaña, nunca más cruzaré la palabra con usted.

—Mary, ¿no comprende usted que todo lo que hago es porque la amo con locura? Nunca la vi tan

bonita como esta noche... ¿Por qué no se decide usted a hacerme feliz, casándose conmigo?

—Lo pensaré... si se marcha usted ahora mismo sin molestarne más esta noche.

Mary, como si fuera a dar una orden de que saliera, abrió la puerta. Rance aprovechó aquel momento para abrazarla y besarla, sin que Mary tuviera tiempo para evitarlo. Cuando al fin se desprendió de los brazos de él le miró severamente, y él, con gesto humilde, acertó a decir:

—Perdóneme, Mary, perdóneme... Ha sido un relámpago de locura.

Mary le señaló la puerta. El fué hacia ella y tendiéndole la mano dijo:

—¿No quiere usted darme la mano y decirme buenas noches?

Mary vaciló unos instantes. Cuando fué hacia Rance, que aun permanecía con la mano extendida, vió brillar en ésta una gota de sangre. También Rance la vió. La joven tembló, pero acertó a decir:

—Sin duda se ha pinchado usted con un alfiler que había en mi vestido.

Rance, en silencio, sacó su pañuelo y se limpió aquella gota de sangre. No salía más; no había tal pinchazo. Como aun tuviera el pañuelo en la otra mano, él vió y Mary también, que se iba poniendo rojo de gotas de sangre que caían de la buhardilla. Mary no dejaba de temblar y no acertaba ya ni a decir palabra. Rance dió un salto hacia el centro de la habitación, sacó su pistola y gritó:

—¡Baje usted, Dick Johnson! ¡Le espero!

Johnson apartó la cortina que le ocultaba y bajó de la buhardilla. Al llegar al suelo, cayó cuan largo era, sin conocimiento. Rance lo apartó con los pies, brutalmente, en tanto que decía:

—¿Así que es usted tan aficionado al baile que se ha arriesgado la vida por bailar una polka? Su

próximo baile será en una cuerda, yo se lo garantizo.

Mary asistía a aquella escena con una repugnancia hacia Rance insoportable. Rance, sin dejar de dar patadas al cuerpo inanimado del bandido, se reía con cierta ferocidad.



Mary acertó a abrir el cajón de una cómoda, se armó con una pistola, encañonó al cheriff y le gritó con rabia:

—¡No se ría usted más, o le mandaré a un mundo que no encontrará tan divertido!

Rance palideció y repuso, indefenso:

—¿Olvida usted que está hablando con un cheriff?

—Recuerdo solamente que estoy hablando con

Jacobo Rance, el jugador, y voy a hacerle una proposición, que va usted a aceptar si no quiere perderlo todo; nos jugaremos a este hombre en un juego de poker. Si gana usted, puede hacer con él lo que quiera y, además, si lo desea, me casaré con usted... Pero si gano yo, este hombre será mío, mío del todo, y ni la ley podrá arrancarlo de entre mis brazos.

—Acepto, Mary. ¡Esta noche será usted mía!

Se sentaron a la mesa. Tocó repartir las cartas a Rance. Mientras barajaba, dijo:

—No comprendo lo que ve usted en ese canalla para enamorarse de él.

—¿Y que ve usted en mí?

Ganó la primera jugada Mary. La segunda Rance. Al dar éste por tercera vez las cartas, Mary preguntó:

—¿Es la próxima vez la definitiva, verdad?

—Sí, Mary, la próxima vez es la definitiva. Tengo el presentimiento de que dentro de unos minutos será usted mía.

Cuando ya tuvieron las cartas, Rance, impaciente, puso las suyas en descubierto. Era un juego difícilmente superable. Lleno de alegría, exclamó:

—¡Ha perdido usted, Mary!... ¿Has perdido!

Así lo creyó Mary también. Sin embargo, fué mirando sus cartas, una a una, y a medida que las iba mirando su rostro se transformaba.

—¿Has perdido?—preguntó inquieto ya, Rance.

—No, Jacobo—gritó Mary fuera de sí—¡He ganado, he ganado!

Y puso las cartas sobre la mesa. Su juego, ciertamente, era mejor que el de su contrincante.

Rance salió, vencido. Mary recogió del suelo a Johnson y con ayuda de su criada empezó a curarle. Le metieron en la cama, le lavaron la herida, y ella, de vez en vez, le acariciaba, diciendo para sí:

—¡Eres mío, mío para siempre!

Pasó la tempestad, quedaron limpios de nieve los montes y los valles y, gracias a los cuidados de Mary, Johnson caminaba rápidamente hacia la salud.

Un día, mientras Johnson dormía, Mary preguntó a su criada:

—¿Tardará mucho en estar lo bastante fuerte para viajar, Walle?

—Dentro de unos días estará mejor todavía que antes.

—¿Dios te oiga, Walle! En cuanto esté bueno, nos iremos de aquí, pasaremos la frontera, nos casaremos, seremos felices. ¡Qué alegría!

—¡Que Dios la oiga también, señorita! Es usted tan buena, que bien merecida tiene la felicidad.

Se oyó un ruido fuera. Walle se fué a hacer sus quehaceres. Mary salió a ver quién llegaba.

QUINTA PARTE

Llamaron a la puerta. Mary abrió y entró una mujer a la que no conocía. Era Nina. Las dos jóvenes se miraron frente a frente con excesiva insistencia. Nina altiva, Mary con atención y curiosidad, figurándose ya quién era la visitante. Nina, después de unos momentos de silencio, dijo, con voz segura:

—Soy Nina, la amante de Johnson, y vengo a verle.

El rostro de Mary sufrió una rápida transformación al tener la certeza absoluta ya de quién era su visitante, y contestó, serena y sin titubear:

—Johnson no se encuentra aún bien y no permitiré, por lo tanto, que lo vea; cuando se encuentre bueno, si él quiere verla, ya irá en su busca.

—¿Y quién es usted para impedirme que vea a mi amante?

—Ahora soy su enfermera, nada más, y en nombre de su salud se lo prohibo.

—Entraré por la fuerza. Quiero verle.

Sin contestar, Mary se puso ante la puerta que daba a la habitación donde estaba Johnson, para impedir la entrada a Nina, si es que de veras se proponía hacerlo.

No pasó ni un minuto sin que Nina quisiera llevar a cabo su propósito. Mary la recibió en la puerta

y luchó con ella y la arrojó al suelo con un ímpetu insospechado. Parecía mentira que tuviese fuerzas para tanto.

Nina se incorporó, la miró con odio, se armó de un puñal y partió de nuevo hacia la puerta para abrirse paso, aun cuando para ello tuviese que matar a Mary. Pero ésta, que vio brillar la hoja acerada y fría del arma, se aprestó para la defensa con una serenidad pasmosa. Así, cuando Nina quiso clavarle el puñal, ella le sujetó y le torció la mano con que lo esgrimía, dejándola impotente para el ataque. Lucharon, sin embargo, largo rato. Al fin, Nina quedó vencida de nuevo, caída en el suelo. Cuando se incorporó, Mary, cogiéndola del cuello la hizo salir de la cabaña, en cuya puerta la dió un empujón que la lanzó bastante lejos y a tierra. A tiempo que hacía esto, exclamó:

—¡Largo de aquí!

Nina, poniéndose en pie y alejándose, dijo en plan de juramento:

—Antes que tuyo, Johnson será de la muerte. ¿No lo olvidas! ¡De Nina no se burla nadie!

Mary cerró la puerta y fué a la estancia en que Johnson dormía, el cual, en aquel preciso instante, abría los ojos. Mary, sentándose en el borde de la cama, dijo:

—Acaba de salir de aquí Nina. Quería verte por fuerza. Me he visto obligada a arrojarla de mala manera. ¿He hecho mal?

—De ningún modo, Mary. Has hecho lo que debías. Nina fué un entretenimiento de cuando yo no bias. Nina fué un entretenimiento de cuando yo no la? En cuanto me ponga bueno, pasaremos la frontera y nos casaremos. Empezaré una nueva vida, en tu compañía, y seremos muy felices. Ya lo verás. Lejos quedará Nina de mi mente, lo mismo que toda una vida pasada, que es un puro error.

Mary le escuchaba con los ojos muy abiertos, como si por ellos bebiera las palabras del amado, que tan gratas le eran.

De súbito, oyeron que estaba sonando, impacientemente, la campana de alarma. Mary corrió a una ventana para enterarse de lo que sucedía, y vio que era Nina la que tocaba, y vio, con terror, como acudían presurosos todos los habitantes del pueblo, unos a pie y otros a caballo.

Se acercó inquieta a la cama y dijo a Johnson:

—Es Nina la que está tocando la campana. Sin duda va a decir a todos los hombres que estás aquí, pues nadie lo sabe, y vendrán a cogerte. Aunque aun no te hallas bueno del todo, monta en mi jaca y vete ahora mismo antes de que vengan y te encuentren aquí. Procura ganar la frontera. A la noche, vuelve. Yo lo tendré todo preparado y me iré contigo, para casarnos en seguida en el otro país.

Antes de que Johnson contestara, llamó a su criada y le dijo:

—Walle, prepara la jaca en seguida. Johnson tiene que marcharse ahora mismo.

No habían pasado cinco minutos, cuando Walle gritó desde la puerta:

—La jaca está dispuesta.

Johnson, que ya estaba vestido y preparado para marchar, abrazó y besó a Mary y salió, diciendo:

—Hasta la noche, amor mío. Vendré después de las doce, para que no haya ningún peligro, y cuando el sol salga ya estaremos en el país donde la felicidad nos aguarda.

Montó en la jaca, que estaba a la puerta, y partió al galope por el lado contrario al del pueblo, en busca de la frontera que era la salvación.

En aquel momento llegó al lado de la campana el cheriff, que fué el último en acudir al llamamiento de alarma. Como ya todos los habitantes del pueblo

estaban allí, le informaron en seguida de lo que sucedía y le obligaron, porque éste era su deber, a ponerse al frente de todos para ir a cazar al bandido.

Pronto estuvieron en la puerta de la cabaña de Mary. Esta no pensó en que debía distraerles algún



tiempo para dar lugar a que su amado se alejase más, y a la pregunta del cheriff, que naturalmente fué a cerca de Johnson, ella contestó:

—Ya no está aquí, señor Rance. Se dirige en estos momentos hacia la frontera.

—¡Persigámosle!—gritaron diversas voces.

Y siguiendo al sheriff, una multitud de hombres a caballo emprendieron la persecución del fugitivo.

Inquieta, cuando vio a aquellos hombres partir al galope de sus caballos, Mary dijo a su criada:

—Temo que lo cojan, Walle.

—No tema nada, señorita. No le alcanzarán. La jaca vuela como el viento.

Así era en efecto. La jaca volaba, pero cuando su jinete lo disponía. Pero como Johnson aun no se encontraba bien, no podía hacer correr al animal tanto como éste podía, y pronto sus perseguidores le dieron alcance. El propio cheriff fué quien le cogió. Lo amarraron en seguida, maltratándolo de palabra y volvieron hacia el pueblo, contentos todos de su presa, a la que, según creían, podrían ahorcar en cuanto llegaran a la aldea, en cualquier árbol. Solamente el cheriff no se mostraba gozoso, Antes bien preocupadísimo. Sin embargo, era el que odiaba más al bandido, no tanto porque lo fuera, cuanto porque le había arrebatado toda posibilidad de hacer de Mary su esposa, que había sido su sueño más querido de los últimos tiempos.

En cuanto la comitiva llegó al pueblo, se encaminó hacia la cabaña, en cuyas cercanías había un árbol muy apropiado para ahorcar a los delincuentes. Se ató la cuerda a la rama propicia, se hizo el nudo escurridizo, se puso éste en el cuello de Johnson y se esperó la orden del cheriff para tirar. Todo esto lo presencié Nina. Pero no pudo ver morir al que había sido su amante. Partió de allí, corriendo, en busca de Mary, para decirle lo que había sucedido, que era su venganza. Afortunadamente Mary no estaba en la cabaña, que de haber estado allí lo habría visto todo, sino en el bar, a donde había ido para despedirse de Nicolás. Al efecto le dijo a éste:

—Me voy esta noche con el hombre que amo. Te dejo todo esto para tí, Nicolás.

En este momento entró Nina, que dijo a Mary:

—El hombre a quien amas está ya muerto. Yo lo he visto morir. La gente del pueblo lo ha ahorcado.

Ya te lo dije: «Antes de que sea tuyo, prefiero que muera.»

Se abrió la puerta y entró el cheriff y sus hombres de confianza. Mary, que creyó lo que había dicho Nina, gritó al cheriff:

—Es usted un hombre sin honor. No ha cumplido su palabra. La vida de ese hombre me pertenecía. Usted la perdió. ¿No se avergüenza de su proceder?

El cheriff, triste, no respondió.

Su agente dijo a Mary:

—Cuando Johnson iba a ser ahorcado, el cheriff nos dijo lo sucedido en una partida de poker. Johnson, por lo tanto, ha quedado en libertad. Todo el pueblo se la ha concedido.

—Perdóneme, Jacobo Rance—dijo Mary al cheriff—por haber dudado de su palabra. Veo que es usted todo un caballero.

—Yo voy—repuso él—siempre por el camino recto, de cara al sol.

Algunos días después, pasada ya la frontera, Mary y Johnson descansaban en un bosque. Mirando las montañas que habían dejado atrás, Mary exclamó:

—¡Adiós, mi California, tierra de mi niñez!
¡Adiós, campos queridos!

Y volviéndose a su amado, añadió:

—Detrás de aquellos montes nos dimos el primer beso.

—Y a este lado de ellos nos estaremos besando toda la vida—repuso él y, bajo la sombra propicia de unos árboles, abrazó con fervor a su amada, la de los ojos como estrellas.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques . . .	Temporada	5'— »
Blouse Ideal	»	2'50 »
Chapeaux Modernes. . . .	4 veces año	3'50 »
Ideal Parísien	Mensual	3'— »
Joie des Modes de Paris .	Temporada	4'— »
Manteaux et Costumes de		
Promenade	»	3'— »
Mode de Paris	»	3'— »
Mode Nationale	Mensual	1'25 »
New Ladies Fashions . . .	10 veces año	6'— »
Patrons Favoris Dames . .	Temporada	3'— »
» » Ceremonies . . .	»	5'— »
» » Blouses.	»	5'— »
» » Enfants	»	3'— »
» » Lingerie	»	5'— »
» » Tailleur.	»	5'— »
» » Gentlemens		
Fashions	»	5'— »
Patrons Favoris Travestis.	Anual	5'— »
Paris Chic	Mensual	5'— »
Toilettes d'enfants. . . .	Temporada	2'50 »
Toilettes Modernes	»	2'25 »
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 »
Tres Chic	»	4'— »

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barará, 15. Apartado 925—Barcelona